

gráficos en la ría occidental y estuvimos en disposición de dirigirnos hacia el puerto de Jason.

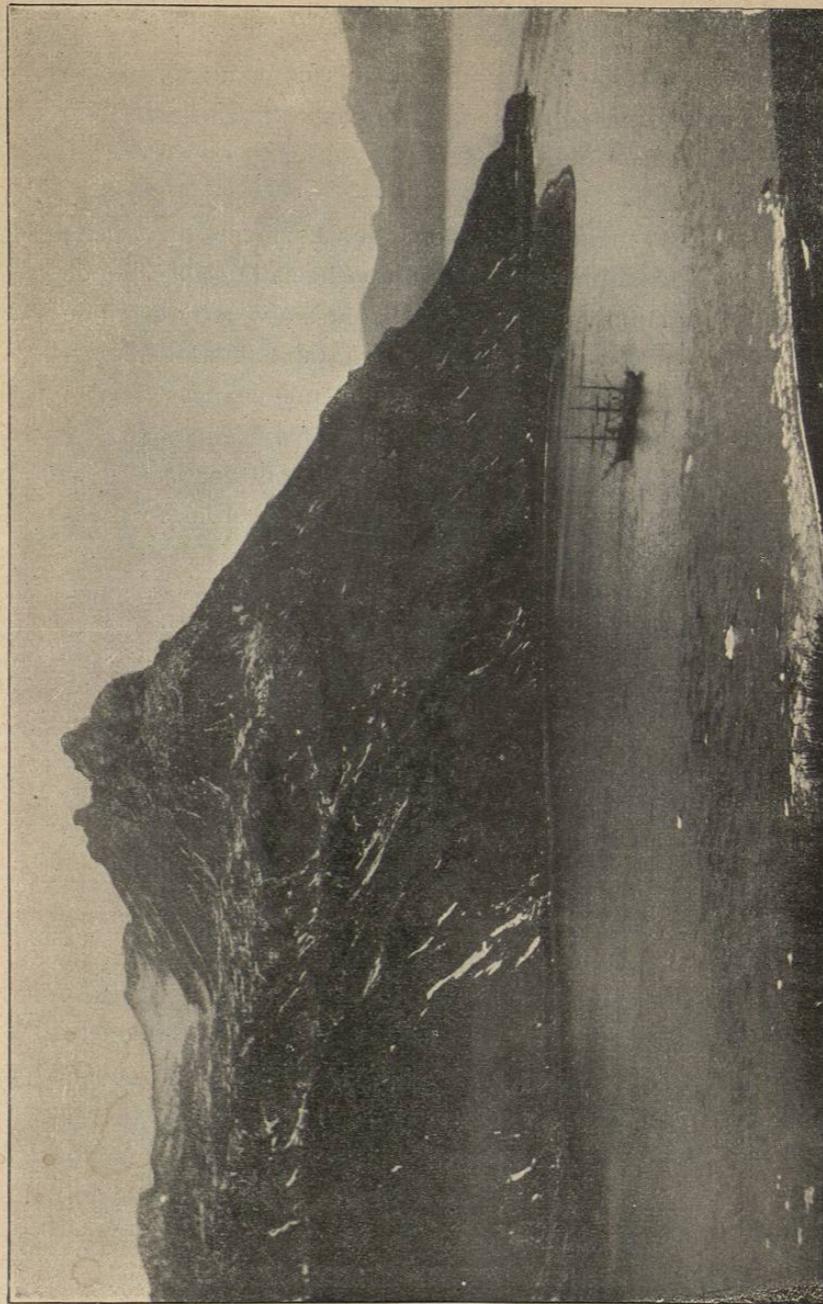
El tiempo había, mientras tanto, tomado un aspecto amenazador; la atmósfera estaba obscura sobre la ría, cuya superficie agitaba un fuerte viento. Pero nuestro anhelo era llegar á bordo para disfrutar cuanto antes de buena comida, dormir en mullida cama y conversar con los simpáticos camaradas.

Por todo esto, atravesamos la ría sin tomar precaución alguna, aunque no tardamos mucho en tocar los resultados de nuestro atrevimiento. Desde los ventisqueros del fondo vinieron ráfagas tempestuosas sobre la ría, azotando las olas espumosas y viniendo hacia nosotros como amenazadoras trombas. La tempestad silbaba fragorosamente en torno del bote, y para que no se volcara capeábamos el viento como mejor podíamos.

De este modo estuvimos balanceándonos casi en el mismo puerto, mientras que los remadores gastaban sus fuerzas en tan rudo trabajo para sostener el bote contra el viento. Esta maniobra no daba buen resultado porque la tempestad era cada vez más fuerte. Decidimos entonces virar y con el viento de popa ir transversalmente hacia la otra orilla.

Esperamos un intervalo entre dos rachas, y remando todos á la vez, en un abrir y cerrar de ojos había hecho el bote su peligroso viaje.

Así y todo, la operación no había terminado; el bote era demasiado grande para tan poca tripulación cuando se trataba de remar contra el viento; pero, afortunadamente, era también muy marinero y marchaba divinamente con el viento de popa. Cuando arreciaban las ráfagas y quería ir contra el viento, no podía hacerle



Montaña Duse.—El «Antártico» en la bahía de las Ollas.

volver yo solo con el timón, y mis compañeros habían de ayudarme con los remos, unas veces en un costado y otras en el opuesto, debiendo observar una precisión matemática.

De esta manera logramos salir velozmente fuera de la ría, y poco á poco hicimos rumbo hacia la orilla adonde nos dirigíamos. Pronto nos encontramos muy cerca de la tierra norte: el puerto de Jason estaba ahora derechamente á proa, pero aunque felizmente alcanzásemos su embocadura, ¿nos quedarían fuerzas para remar hasta el «Antártico»? Una pequeña bahía se encontraba más cerca delante de nosotros. Decidimos intentar abordarla y esperar en ella el término de la tempestad.

Pero cuando habíamos llegado cerca de la embocadura de la bahía, observé que enfilábamos un arrecife, contra el cual rompían las hirvientes olas y hacia donde adelantábamos con vertiginosa velocidad: íbamos á una catástrofe segura. No nos quedaba otro recurso que ir directamente al puerto de Jason. Otra vez se alejó el bote de la orilla y otra vez marchamos velozmente zarandeados por las espumosas olas de fondo. Pronto estuvimos en el cabo de la bahía de Jason, que pasamos internándonos en agua más quieta. La tempestad silbaba todavía fuera de la bahía como un gigantesco fuelle. El «Antártico» se encontraba aún muy lejos, en el fondo de la bahía, y era preciso hacer el último esfuerzo. Poco á poco logramos adelantar sin separarnos mucho de tierra. Ganábamos entre las ráfagas algún camino, mas cuando volvía á soplar el viento, se detenía el bote arfando en un mismo puesto cuando no volvía atrás.

Los remadores empleaban sus últimos recursos, ejercitando toda la fuerza de sus músculos, y los remos se

cimbreadan. ¡Bravo! ¡Ganamos, un poquito más, ánimo, adelante! Cada vez aparece mayor el «Antártico» á medida que nos vamos acercando; nos han visto desde la borda, que está atestada de gente, y cuando por fin atracamos á su costado, se oye que nuestros camaradas lanzan un alegre y estruendoso hurra. Pisamos, por fin, la cubierta del buque.

—Están ustedes locos arriesgándose con semejante tiempo — exclaman.

—Son ustedes unos valientes — añade Andreassen, estrechándonos las manos.

El mayordomo dispuso en el salón de reunión un apetitoso refrigerio, y mientras comía, relataba Larsen los principales acontecimientos del viaje del «Antártico» á lo largo de la costa. Habían estado cerca de la parte noroeste de la isla en la bahía de la Posesión y en la de las Islas. Casi siempre habían tenido un tiempo en extremo desfavorable; las tempestades de nieve huracanadas se habían sucedido, haciendo muy difícil la navegación entre innumerables escollos y arrecifes. Cierta noche borrascosa y durante una travesía difícil en que se había dado á ambas anclas mucha cadena para que aguantasen con más seguridad contra la tempestad, que aumentaba, empezó el buque á rozar con su popa el fondo submarino. Larsen evitó embarrancar saliendo á toda máquina después de levar anclas y logró hallar, en medio de la obscuridad y de la densa nieve que caía, un seguro refugio.

A pesar de todos estos peligros y contrariedades, habían llevado á término valiosos trabajos. Realizaron numerosos dragajes é hicieron importantes observaciones referentes á la antigua formación del hielo; hallaron algu-

nas parejas que empollaban del grande *albatros (diomedea exsulans)*, mostrándose muy satisfechos por los resultados verdaderamente prácticos del viaje.

El día siguiente levó anclas el «Antártico» é hizo rumbo hacia la bahía de Mayo, donde embarcamos nuestra tienda, colecciones, etc. Por fin entramos en la ría sur, y después de haber efectuado un sondeo en el centro de la misma, ancló el «Antártico» á las dos de la tarde en la bahía de las Ollas. Allí nos quedamos durante un mes hasta nuestra partida de la Georgia, el día 15 de julio.

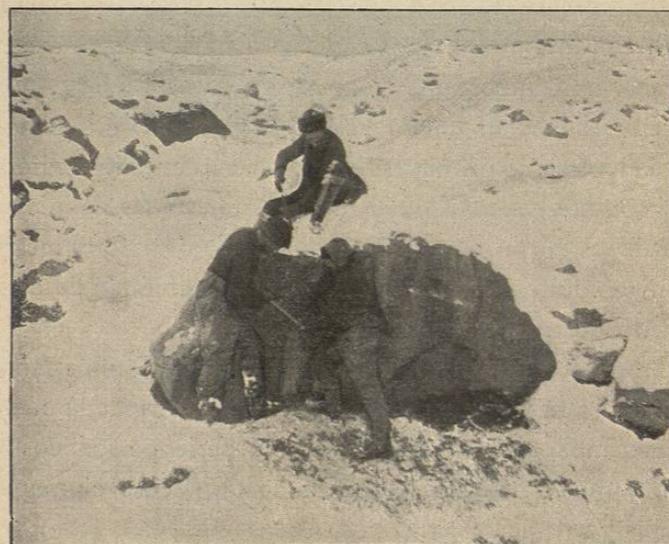
Durante la primera etapa de nuestra estación en este puerto, pudimos realizar nuestros trabajos científicos cómodamente, favorecidos por un tiempo tranquilo y sereno. La nieve que antes había caído se derritió otra vez en su mayor parte; la temperatura era á menudo de varios grados sobre cero y el país ofrecía casi un aspecto primaveral.

El cartógrafo podía trasladarse á los puntos más convenientes; los estudios geológicos se hicieron bajo las más ventajosas circunstancias, y los zoólogos y botánicos estaban en continua actividad.

Algunas veces salió el buque á la ría para hacer sondeos y trabajos zoológicos, regresando por la noche á la bahía de las Ollas.

Acerca de los viajes en bote realizados durante este tiempo, sólo quiero decir unas palabras acerca de uno de ellos: durante una visita á la bahía de Moran el 26 de mayo, había yo descubierto en un formidable bloque de piedra un pequeño fósil, el primero que halláramos en la Georgia del Sur. El hallazgo era de la mayor importancia, pero el ejemplar estaba tan mal situado, en medio de una vasta superficie llana, incrustado en el gran bloque de

piedra, que no lo podía arrancar con las herramientas (martillo y escoplo) que llevaba conmigo. Por esta razón se equipó, el 25, en el «Antártico», una pequeña expedición compuesta de Skottsberg y yo con dos marineros que llevaban barrenos, dinamita, una tienda y provisiones en abundancia. Trabajamos dos días, barrenamos y partimos la roca con dinamita hasta que pudimos sacar el



Barrenando la piedra.

pequeño fósil, teniendo la satisfacción de obtenerlo sin desperfecto alguno. Hay motivos para esperar que, después de ser examinado por un paleontólogo competente, nos informará sobre la época de formación de las montañas donde fué encontrado.

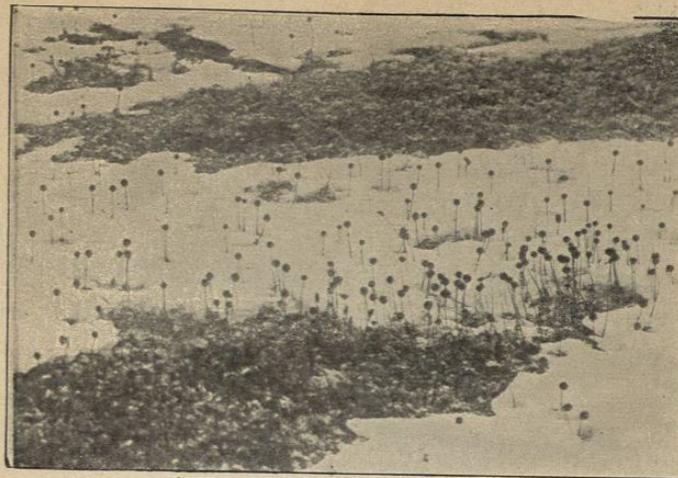
También para la tripulación del «Antártico» fué muy agradable el tiempo pasado en la bahía de las Ollas. Los domingos, cuando estaban libres de trabajo los marineros, hacían, si el tiempo lo permitía, pequeñas excursio-

nes para cazar patos, subían á la cumbre de alguna montaña cercana, ó daban largos paseos por la costa.

La distracción que durante algún tiempo tuvo más aficionados fué la pesca. La bahía de las Ollas era inmensamente rica en pescado, y cogimos directamente desde el buque más de setecientos grandes y singulares peces, muy sabrosos, pertenecientes á dos clases distintas, de una familia característica del mar Antártico (*nototerioides*). Durante tres semanas constituyó el pescado fresco el plato más importante de nuestra comida á bordo.

Con el mes de mayo acabó aquel hermoso tiempo verdaderamente primaveral; del 4 al 12 de junio tuvimos casi sin interrupción muy bruscas tempestades de nieve, que depositaron sobre el hielo una capa de casi un metro de nieve. Este tiempo nos quitó toda posibilidad de continuar nuestros trabajos en trineo.

El 15 de junio salimos de la bahía de Cumberland, haciendo primeramente marcha directa fuera de la costa y determinando por medio de una serie de sondeos la configuración submarina de la costa. (Véase el mapa, página 72.)



Vegetación invernal de *Acena adscendens*.—Bahía de Mayo.

CAPÍTULO VI

Descripciones de la naturaleza de la Georgia del Sur

CON sus altas cumbres cubiertas de nieve, sus numerosos ventisqueros y sus formidables torrentes, produce la Georgia del Sur, á primera vista, la impresión de un verdadero país polar. Pero su estudio más minucioso modifica bastante esta apreciación. Mientras que en el punto extremo hacia el norte del territorio sudpolar—Tierra de Graham—marca el termómetro una temperatura media de $11^{\circ} 8'$ bajo cero durante todo el año, la Georgia del Sur se parece más, bajo este punto de vista, á la Tierra del Fuego é islas de Falkland, porque la temperatura media anual es de $+ 5^{\circ} 9'$ á $+ 6^{\circ}$, lo que equivale á un promedio anual de $+ 1^{\circ} 4'$. La diferencia entre las condiciones climatológicas se hace más notable com-